

Sobre *Penúltima tregua*

En la tradición latinoamericana del extenso poema-río (fecundo en afluentes y desembocaduras) nos brinda el poeta Claudio Simiz esta su flamante entrega, signada como sus anteriores títulos por peculiaridades que distinguen su voz entre la polifonía general de las últimas generaciones.

En *Penúltima tregua* nueve piezas le bastan al autor nacido en Buenos Aires en 1960 para llevarnos de la mano a un universo que le es propio y de anchura destacable, ya que en su poética Simiz sabe como conjugar diferentes apelaciones y muy diversas tópicas, mostrándonos la interrelación existente entre ellas.

Así, encontramos en este breve pero denso poemario los vasos comunicantes que unen lo micro y subjetivo con lo macro y universal, subrayando Simiz, implícitamente, muy al modo del punto de vista tradicionalmente oriental, que cuanto existe conforma una exclusiva unidad.

Sin embargo, el poeta conoce como discriminar entre las secciones de ese continuum al que alude, para resaltar en mayor o menor medida aquellos aspectos que más impresionan su sensibilidad. Y es capaz de transmitirle al lector sus impresiones de un modo por demás certero, que por la vía doble de lo conceptual y lo emocional aciertan prácticamente siempre en el campo elegido. Es esa simultaneidad de lo expresado por su poética, en cuanto a dejar su impronta en quien recorre las páginas de sus obras, uno de los rasgos distintivos de su trabajo, desde aquel título inicial, *Celda*, que data de 1980, hasta lo producido con todavía más marcada madurez expresiva en sus entregas más recientes.

Al muy correcto empleo de nuestro idioma común en su discurso nos tiene acostumbrados Claudio Simiz, quien sabe aprovechar al máximo la distintiva plasticidad del castellano, cuyos recursos y resortes conoce perfectamente y sabe cómo manejar a fin de aludir y eludir sentidos con clara maestría, al tanto de que no

hay como la premeditada ausencia de nombramiento explícito para hacer presente un significado. Y, además, enriquece en *Penúltima tregua* —tal su práctica reiterada— ese discurso con acertados neologismos, tan bien ubicados en contexto que no solamente resultan comprendidos de inmediato, sino que resultan todavía más valiosos al acentuar el sentido general de la pieza donde el poeta los instala. “Ensilenciando”, “desesplumado”, “deltificándose”, “deslee”, entre otros términos que utiliza en esta obra, lejos de ser caprichos retóricos constituyen creaciones que, en sí mismas, están cargadas de un valor absoluto.

No contento con ello, Simiz apela también a fonemas provenientes de otras lenguas, como ese lujoso *mainumbí*, nombre dado por los guaraníes al pájaro mosca, que vuela repetidamente en su poema titulado “Ya no te habrás ido”, sin duda más expresivo en tal contexto (ya lo apreciará el lector al llegar a sus revoloteos) que nuestro más conocido colibrí.

Las muy generales palabras liminares que acompañan a un buen poemario tienen por obligación el resumen apretadamente descriptivo y la brevedad, ya que no pueden aspirar a ser entera puerta al universo de sentidos que las sucede, sino apenas picaporte que la mano decidida del lector accionará o no antes de ingresar en el mundo de un poeta cabal.

Baste decir, entonces, que cuanto se despliega a continuación de mis modestas expresiones demuestra con qué capacidad y pericia escritural Claudio Simiz sabe brindarnos una prístina imagen (muy suya, aunque capaz de ser inmediatamente compartida) de las incertidumbres y certezas, las felicidades y desdichas, las esperanzas y los desasosiegos de una conciencia individual que genera casi de inmediato empatía y autorreconocimiento en su lector, ya que expresa meridianamente la condición humana contemporánea que ambos comparten.

Todo lo anterior y mucho más contienen las páginas siguientes.

Luis Benítez